La copa emponzoñada

Por TELESFORO DE TRUEBA

Hacía algún tiempo que el nombre del moro Almanzor, rey de Córdoba, causaba el espanto de todos los buenos españoles. Este temible guerrero había señalado todos sus movimientos con la rapidez más inaudita, llevando el mayor ímpetu en sus ataques, seguidos siempre de una completa devastación. Devorado de una ambiciosa sed de conquistas, propendía a reunir bajo el cetro cordobés el resto del territorio de la península; pero grandes y poderosos obstáculos se oponían a la fácil realización de sus codiciosos designios.

Los cristianos habían ya alcanzado un alto grado de poder, puesto que las consecutivas victorias de los Alfonsos y Ramiros habían extendido considerablemente el limitado círculo de las montañas y breñas de Cantabria. Las ciudades iban engrandeciéndose y el crecido número de fuertes y castillos desparramados por doquiera, demostraban a la evidencia los medios de defensa con que ahora podían contar.

En tales circunstancias, por muy grandes que fuesen los medios y recursos de Almanzor, debió conocer que las armas solas no bastaban para la verificación de sus planes, sino que debía combinarlas con la política, y aun ésta tenía que ser altamente delicada y sutil. Aun cuando la civilización de los cristianos cediera con mucho a la de los moros, sin embargo, un natural sentimiento de recelo y desconfianza les hacía veces de política, llevando a lo sumo la circunspección y cautela en tratando con los infieles, cuyos engaños así contenían o evitaban; pero Almanzor quiso valerse de mejores medios para apresurar sus fines, y cerciorado de que los españoles eran víctimas del mal endémico que suele acometer a todos los estados cortos e independientes, a saber: la envidia y celos del engrandecimiento de sus vecinos, resolvió explotar en provecho suyo esta favorable circunstancia, que tantas veces pusiera las fraticidas armas en manos de cristianos contra cristianos.

La prosperidad del condado de Castilla había excitado los recelos de los reyes de Navarra, quienes veían con gran sobresalto sus repetidos y constantes progresos. Por su parte los castellanos estaban aquejados con el temor de ver atacada su independencia por los conatos de los reyes de Navarra y León, harto más poderosos que ellos mismos; y esta mutua cavilosidad mantenía la desconfianza y recelo entre estos varios gobiernos. Conociendo Almanzor la causa de lo que ocurría, resolvió aprovecharla en contra de los castellanos, eligiendo para ello un momento que parecía enteramente favorable a sus deseos.

Gobernaba a la sazón Castilla el conde Sancho García, mozo de muy corta edad, por cuya causa su madre regía las riendas del Estado. La condesa viuda, doña Oña, era mujer no menos notable por los halagos de su persona, como por la firmeza de su carácter; hallábase aun en una edad en que no es difícil sentir o inspirar una pasión, y por cierto que a esta dama estaba reservado experimentar los efectos de una, que, aun cuando no fuese excitada por los fuegos de la mocedad, en nada debía ceder su violencia y ardor.

Desde la muerte de su esposo, había concentrado todos sus pensamientos en una sola y exclusiva mira, la autoridad. El orgullo del poder llenaba el vacío que dejara en su alma la ausencia de sentimientos más tiernos; pero no debía permanecer largo tiempo en este apacible estado, y por fin vió al hombre destinado por naturaleza para despertar sus adormecidas emociones, destruyendo el reposo de su alma. Para mayor tormento suyo y con aumento de las encontradas pasiones que trabajaban su ser, este hombre era un infiel, un enemigo de su patria, el hombre en quien menos que en otro alguno, debía pensar una condesa de Castilla. La aparente nobleza de carácter y las prendas físicas del moro Almanzor, habían cautivado el corazón de la triste doña Oña, y sólo la vergüenza y el orgullo pudieron contener la súbita explosión de unos sentimientos, condenados a ser eternamente ocultos al objeto que los inspirara. ¿Pero cuál es la mujer capaz de contener el fuego que la consume, sin dejar respirar ni un solo chispazo?... ¿Y quién es el hombre tan menguado, que no sabe descifrar los síntomas que le revelan un favorable y apasionado sentimiento?

Llevado Almanzor de ciertas miras políticas, había hecho un viaje a Burgos, corte de Castilla, para tratar de una alianza con su soberano. Nadie dudaba que los castellanos aceptarían gozosos un convenio que les ofrecía una salvaguardia contra sus enemigos los reyes cristianos, sus vecinos, al paso que los moros por su parte salían también gananciosos, disminuyendo así el número de sus contrarios. Estos eran los sentimientos que animaban la mente del rey de Córdoba; pero en cuanto hubo pasado algunos días en la corte castellana, divagó ya su imaginación en esfera más dilatada y grandiosa. Seguro de la pasión que involuntariamente había excitado en el corazón de la condesa, trató de explotarla en su favor, cosa tanto más fácil y hacedera, como que se hallaba del todo ajeno al violento ardor que consumía a la triste doña Oña. Afectó, pues, participar de su

amor, y prodigando protestas y juramentos, logró por fin alucinar a la obcecada dama, dando, por consiguiente, fácil acceso a un audaz y criminal intento. Deseoso Almanzor de extender a toda Castilla el dominio que lograba sobre su amante soberana, verificando de este modo la unión de su territorio a la corona cordobesa, se resolvió a proponer su matrimonio con la condesa, medio el más pronto y seguro de satisfacer sus ambiciosas miras. Sin embargo, aun cuando daba por cierto el consentimiento de la dama, restaba otro obstáculo que vencer, en la persona del niño don Sancho García, heredero legítimo del condado de Castilla. Mientras que éste viviese, era vana toda tentativa de apoderarse del cetro, puesto que por más que doña Oña pudiese contar con un partido, era indudable que la nación abrazaría la causa del infante, su legítimo soberano, y esto con un ardor en tanto más vehemente, como que se trataría de defenderle contra una madre desnaturalizada y un moro intruso y usurpador.

Esta convicción cobró tal cabida en el ánimo del rey de Córdoba, que resolvió desvanecerla destruyendo con una traición el único obstáculo que contrariaba sus deseos. Para mejor verificar sus planes, era preciso que la madre fuese no sólo cómplice, sino agente principal del crimen: no hay duda que era empresa muy ardua, el borrar de este modo todos los sentimientos maternales hasta el punto de hacer a la condesa autora de la muerte de su hijo; mas ya sabía bien el moro que no hay crimen y exceso por grande que parezca, de que no sea capaz el frenesí de una pasión ardorosa y desenfrenada.

Contando, pues, con la fatal ceguedad de la condesa de Castilla, juzgó el moro seguro el éxito de sus inicuas tramas. Comenzó al efecto sus tiros, describiendo halagüeñamente a la enamorada señora, las recíprocas ventajas que resultarían a ambas naciones de un enlace que reuniese las coronas de Córdoba y Castilla, empleando en este discurso cuantos argumentos puede inventar la capciosidad más refinada. Sin embargo, a despecho del loco amor de doña Oña, aún poseía ésta los sentimientos de madre, cuyo motivo le hizo desechar con grande horror y desdén los criminales proyectos del moro, relativos a la muerte del inocente príncipe. Ya se esperaba Almanzor semejante negativa; así, pues, dejó estallar este arrebato de maternal sensibilidad, esperando momento más oportuno para volver nuevamente a la carga.

Terrible era el combate que empeñaban las pasiones en el angustiado corazón de la triste condesa; no obstante, no por esto desconfiaba Almanzor, puesto que sabía que en tales circunstancias el combate es casi señal de derrota. Es seguro que las dimensiones del negro fantasma del crimen van disminuyendo a medida que más se le contempla, prestando oídos a los deslumbrantes halagos que ofrece a cuantos se deciden a seguirle; además de esto, cuando dos pasiones están en lucha, la más violenta logra constantemente un infalible triunfo sobre la más suave y dulce, perdiéndose siempre la razón, guía seguro del hombre, en las profundas tinieblas de estas crudas e intestinas tormentas.

Después que la condesa hubo rechazado con semejante desdén las proposiciones de su pérfido amante, poco a poco comenzó a oirlas con menos ceño, y en vez de huir cuando el moro renovaba sus ataques, tuvo la debilidad de querer combatirlos, oponiéndoles un tranquilo razonamiento. Pero es indudable que Almanzor ganaba terreno por momentos, y por último logró sumir la mente de la desventurada condesa en un estado cercano al frenesí. Dos caminos hay para llegar al crimen: uno fácil, y halagüeño, pero sólo dado al pecador endurecido; otro áspero y difícil, y cuyo acceso no es posible más que al desenfreno de las pasiones. La condesa no era tan depravada que pudiese seguir el primero, razón por la cual el moro quiso obligarla a entrar en el segundo.

Hallábase doña Oña en una retirada estancia de palacio, entregada a los tormentos más atroces; de repente se abrió la puerta del aposento, dando entrada en él al temido y amado moro. La dama se levantó llena de sobresalto, acongojada y temerosa con la idea de que iba a renovarse una discusión para ella tan horrible; pero el moro apareció extraño a su agitación, y mirándola fijamente, con traza de frialdad y reserva, excitó en alto grado la admiración de la condesa, acostumbrada a señalar sus entrevistas con cariñosas palabras y apasionadas protestas de amor y sinceridad.

—Sosegaos, señora—dijo por fin el sarraceno, observando la inquietud que iba ganando a su amante—; sosegaos, no vengo ya a suplicaros que recompenséis mi amor, sino a llenar un mero deber que la cortesanía exige de mí...

Alarmada la condesa con estas palabras, perdió la color, y corrió por todo su cuerpo un temblor frío, convulsivo y violento.

—Sí, doña Oña—prosiguió el moro—, vengo a despedirme de vos...

—¡Santo cielo!—exclamó la condesa—. ¿Qué significa un procedimiento tan extraño e inesperado?

—Estoy decidido—respondió Almanzor—. ¿Qué cosa hay que pueda detenerme en Castilla?... ¿Vuestro amor?... ¡Ay de mí!... Jamás fuísteis tan apasionada y sincera cual requiera lo ardoroso de mi alma... Quizás sólo os ha animado el deseo de avasallarme y rendirme, sojuzgando con vuestros artificios, a quien nunca venció nada en lo humano... En prueba de ello sólo recordaré que en el instante en que vuestro amor ha sido puesto a prueba ha aparecido entonces toda la vanidad y apariencia con que se encubría y me engañaba.

—No digáis más, Almanzor... Es imposible que penséis lo que vuestros labios pronuncian... Sabéis muy bien que si ha habido alguna vez mujer que amara de veras, esta soy yo, y por cierto que os he dado de ello pruebas que no debiera una dama noble y castellana. Ahora bien, ¿imagináis, en efecto, que sois vos quien tiene derecho a quejarse?

—Vuestro sexo me impone ciertos miramientos y respetos, y como no he venido a reprenderos, me permitiréis que eluda esta pregunta.

—¡No habléis así, Almanzor, Almanzor querido!... ¿Qué he hecho para merecer un trato tan indigno?... ¿Sería posible que trataseis de abandonarme de veras?

—He dicho que estaba resuelto—respondió el moro con glacial sangre fría—. Es inútil ya mi permanencia en Burgos, así, pues, mañana mismo vuelvo a Córdoba... Además, vuestros vasallos comienzan a mirarme con recelo; don Gonzalo, el ayo de vuestro hijo, me trata de un modo que ningún moro debe soportar, y Almanzor mucho menos que otro alguno. Es verdad que pudiera haber despreciado estos insultos en gracia del amor de una mujer que me hubiese amado de veras; pero no he hallado esta pasión, y sería el colmo de la ridiculez que Almanzor degradase su glorioso carácter de conquistador musulmán, haciéndose el humilde palaciego de una corte cristiana. Os he hablado con franqueza... ahora, pues, nada más tengo que deciros... Adiós, doña Oña... Adiós.

Dichas estas palabras dió un paso como para salir de la estancia, pero atónita la condesa a vista de este desdén y frialdad, corrió hacia él, y cerrandole el paso, le dijo con todo el fervor que puede infundir la pena más amarga y cruel:

—¡Bárbaro!, ¿qué más podéis exigir de mí? ¿Acaso no me habéis degradado a mis propios ojos?... ¿Es posible que la viuda del conde de Castilla, una dama noble, de puro linaje godo, se haya separado de la senda del honor para verse después abandonada, entregada a sus remordimientos, por la misma mano que la sedujo?... ¡Ah, cruel!... ¡ingrato Almanzor!... Sé muy bien que vos no dudáis de mi amor, lejos de esto, su misma vehemencia y ceguedad lo desmerece a vuestra vista... Si yo hubiese sido menos tierna, menos ardorosa en mi afecto, por cierto que no experimentaría ahora un trato tan duro e indigno de un hombre de honor y corazón, solamente porque me detengo en la criminal carrera que me habéis hecho abra-

zar, negándome a consumar un acto que alzaría contra mí la Naturaleza entera.

Estalló entonces la pesadumbre que cobijaba a la triste doña Oña en un impetuoso torrente de sollozos y lágrimas; y a despecho de su natural altanería, dió claras muestras de toda la ternura de que es susceptible el alma de una mujer. Almanzor quedó casi conmovido y no pudo ver con indiferencia aquella crisis causada sólo por su amor; así, pues, procuró endulzar su voz, introduciendo alguna apariencia de cariño en sus razones y maneras. Esto fué la perdición de la condesa, pues es sabido que la conciliación que suele suceder a una querella, adhiere con mayor vehemencia la mujer al objeto de su ternura y, por cierto, que no se le ocultaba al rey moro, la probable influencia que debería seguir a aquel paroxismo. La convinción de la degradación en que la dama se había sumergido, el deseo de unir su suerte a la de su amante y el horrendo temor de verse separada de él, excitaron una violenta lucha en el ya combatido corazón de doña Oña, en cuyo seno, y cual perdida la razón y sensibilidad, endureció su alma hasta el extremo de consentir en el asesinato de su hijo, a trueque de obtener el don de la mano y corazón de su pérfido amante.

Sin embargo, el celoso don Gonzalo y otros muchos leales castellanos, comenzaban ya a murmurar de la larga estancia del rey de Córdoba en Burgos. Parecíales que seis meses era plazo sobradamente largo para la simple celebración de una tregua, cuando bastaban igual número de horas para realizar el mismo objeto. Conociendo Almanzor lo que pasaba, resolvió partir para no confirmar más sus sospechosos temores, cuyo intento anunció públicamente al joven conde, quien deseoso de demostrar la buena armonía que reinaba, dispuso celebrar un festín en obsequio del "Cordobés" la víspera de su partida. Fijóse el plazo para un día no muy remoto, entregándose en tanto los generosos castellanos a toda clase de preparativos, bien ajenos de la horrenda traición que se fraguaba contra su inocente y confiado soberano, el conde don Sancho García.

Entre tanto la condesa se esmeraba en evitar la presencia de su hijo, cuyas no merecidas caricias la llenaban de rubor y vergüenza; pero por mucho que procurase guardar sus emociones, no se habían ocultado del todo al noble don Gonzalo. La natural sagacidad de este honrado castellano, le hizo penetrar en un laberinto de dudas acerca de la causa de tamaña alteración, y convencido al fin de la pasión que abrigaba doña Oña, a favor del moro, anheló más que nunca su partida.

Llegó el día de la celebración del banquete, cuyo acto fué solemnizado con todo el aparato de la esplendidez y embellecido con la presencia de la grandeza de Castilla. Sólo la condesa mostraba aversión hacia aquel instante, de tantos apetecido; mas el sacrificio que ella debía consumar durante el festín exigía que encubriese cautelosamente sus cuitas. El traidor cordobés había resuelto envenenar al joven príncipe, y como entre otras artes reunía el cabal conocimiento de yerbas y plantas ponzoñosas, había echado mano de un veneno tan formidable que daba la muerte sin dejar señal alguna de sus secretos estragos.

El sacrificio exigido de la triste madre, obligándola a que presentase por sí misma el fatal brevaje, era no menos terrible que indispensable, puesto que fuera demencia confiárselo a un tercero y no se ocultaba a Almanzor la necesidad de sepultar este secreto, entre los dos únicos actores del drama. Consentido por la condesa el horrendo papel que le tocara, había recibido de manos de su amante el veneno que debía dar muerte a su hijo, para cuya realización no dejaba de excitarla el infernal Almanzor, con sus repetidas demandas y protestas.

Conservábase en palacio, desde luengos años, una copa de oro que, aunque de rústica labor, era tenida en grande estimación y aprecio. Todos los castellanos manifestaban la mayor veneración hacia esta alhaja, que les recordaba el origen de su libertad, puesto que en ella bebieron Nuño Rasura y Laín Calvo, los dos primeros jueces de Castilla, cuando juraron defender a todo trance la independencia de su patria. Desde entonces había sido destinada para exclusivo uso de los condes soberanos, quienes se servían de ella en los días de mayor ostentación y gala, y esta misma copa estaba reservada ahora para el mortífero tósigo que debía dar muerte al conde de Castilla.

Hallábase Burgos atestado de un sinnúmero de personas forasteras; las casas de nobles y plebeyos se mostraban primorosamente adornadas, enlazándose por doquiera sendos ramos de laurel con el pacífico olivo, formando guirnaldas en torno de los emblemas de los Estados de Córdoba y Castilla. Hermanábase ahora la media luna con la cruz, sin alarmar por esto los ánimos de los cristianos; por las ventanas y almenas de palacio se desplegaban pendones y banderas, y el piso de las calles y plazas, a el contiguas, estaban tapizadas de flores, confundiéndose el marcial sonido de instrumentos músicos con el repique de las campanas y anunciando todas estas alegres señales la solemne celebración de una fiesta, en la que todos querían tomar parte.

Antes del banquete se formó una brillante cabalgata, compuesta de los nobles castellanos y de los principales moros del séquito de Almanzor, y así reunidos recorrieron amigablemente toda la ciudad, haciendo vistosas evoluciones y maniobras. El joven conde iba marchando al lado de Almanzor, a quien manifestaba el mayor aprecio y deferencia; y hasta el receloso don Gonzalo perdió parte de sus sospechas, a vista de la aparente cordialidad que reinaba entre los jefes de ambas naciones.

Mientras que toda la corte se entregaba de este modo a los placeres, hallábase la condesa en situación la más horrible que describirse pueda. Su pecho era un ardiente volcán, cuyas llamas le devoraban, y su cerebro parecía un tumultuoso caos de amargura y remordimientos. En vano procuraba hacerse fuerza para dominar su sensibilidad, pero el vehemente grito de Naturaleza la despertaba, haciéndola ver cuán indigna era del santo nombre de madre y condenándola a todas las angustias de una conciencia impura y criminal. Sin embargo, ya no podía retroceder: conocía bien la inmensidad del abismo que la amenazaba; pero le faltaba valor para evitarlo y perdida en las tinieblas cerraba aún los ojos, para no ver la luz que podía guiarla. Resistiendo, pues, a las últimas inspiraciones de su corazón, tomó el frasco fatal y bajó hacia el salón del convite, fluctuante entre el frenesí y la desesperación, aunque armada, al propio tiempo, de una resolución feroz e irrevocable.

En cuanto hubo llegado, recorrió por todas sus venas un glacial estremecimiento, y pareciéndola que una invencible mano se oponía a su paso, se detuvo angustiada y azarosa. Contempió entonces los espléndidos preparativos del festín; mas aquellos ricos vasos y adornos se ofuscaron a sus ojos, confundiéndose todo en una tenebrosa noche. Examinó después el sitio reservado a su víctima y el que debía ocupar el perverso Almanzor, autor de su miseria y perdición; pero la embargaron a la sazón un tropel de siniestras ideas, y sintiendo que las fuerzas le faltaban se apoyó a una pared para no caerse en el suelo.

Oyéronse en aquel mismo instante alegres voces anunciando el arribo del conde y la cabalgata: la crisis era llegada y no había tiempo que perder. Conjuró, pues, la condesa todas sus fuerzas y se acercó a la mesa para derramar el licor en la copa sagrada. Su mano estaba firme... sólo faltaba un segundo para consumar el crimen, pero este segundo era una eternidad de horror para una madre criminal. Su corazón se partía; el brazo, ya extendido, quedó inmóvil; una densa sombra encubrió todos los objetos haciendo desaparecer hasta la misma copa... Hallábase la infeliz condesa agitada por mil y mil encontrados afectos, sobresaliendo entre ellos las últimas inspiraciones de su corazón maternal, luchando contra el diabólico afán que la cegaba... Mas todo fué vano..., su mano se movió, derra-

mando, en fin, el tósigo en la copa, llena ya de antemano de deliciosísimo vino.

Entonces experimentó doña Oña una horrenda calma, la atroz tranquilidad de la desesperación. En tanto se acercaban los convidados: moros y cristianos iban llegando, partícipes todos del placer que embargaba los ánimos de la Asamblea... ¡Qué contraste entre esta sala, poco antes desierta, teatro del criminal exceso de una madre desnaturalizada, y el alegre tumulto que ahora resonaba en todos sus ángulos!

Don Sancho, víctima inocente de la perfidia más negra, marchaba al frente de la comitiva, entre su fiel ayo don Gonzalo y el alevoso moro, causa de su tramado asesinato. Sentóse, por último, a la mesa, colocando a Almanzor a su lado, y luego preguntó por su madre, la condesa, diciendo que en un día tan solemne y feliz, era preciso que hermosease con su presencia aquel fraternal banquete. Doña Oña no podía negarse a semejante invitación, so pena de excitar graves sospechas, y es bien sabido que cuando uno se siente culpable de algún crimen, parece que nunca le desampara un fantasma, que espera sólo una imprudencia para descubrirle, y sucede que el mismo exceso de las precauciones lleva muchas veces a la revelación que tanto se quería evitar.

Adornóse la condesa con todas sus galas, y bajando resueltamente al salón, se colocó en la mesa, a la izquierda de su hijo. No dejó de alarmarse Almanzor por su presencia, puesto que temía que en el instante crítico se dejase vencer; pero en cuanto vió la serenidad y sangre fría de su cómplice, perdió toda especie de recelo, alegrándose aún de verla asistir al festín, puesto que demostraba un grado de firmeza y resolución, que nunca habría podido suponer en ella.

Dióse principio al banquete. Don Sancho y sus convidados manifestaban el mayor júbilo, ostentándose con acciones y palabras la satisfacción que a todos animaba. Presentábase todo a placer para los pérfidos designios de la condesa, cuando un grande y temeroso recelo vino a alterar la feroz tranquilidad del traidor moro. Comenzó a dudar que la condesa hubiese accedido a sus intentos, confirmándose más y más sus sospechas con la rara serenidad de doña Oña y el estudio que ésta ponía en evitar sus miradas; siendo su posición en tanto más penosa, atendido el estudio que debía hacer sobre sí mismo para encubrir sus recelos, correspondiendo a la jovial franqueza que animaba al príncipe castellano.

Levantóse en esto don Sancho García, y cogiendo la copa de oro, se puso en disposición de dirigir la palabra a sus respetuosos huéspedes. Este era el instante crítico en que el moro debía salir de dudas... Clavó, pues, sus penetrantes ojos en la condesa, en cuyo semblante observó una leve emoción. Poca cosa era la seña, pero bastó para que Almanzor quedase cerciorado de la realización del crimen, y más tranquilo y sosegado esperó la consumación de la tragedia.

—¡Nobles castellanos!—exclamó don Sancho empuñando la copa—; este día feliz ratifica la amistad contraída con nuestro ilustre huésped, el valeroso rey de Córdoba. Al apurar esta copa, célebre ya por el recuerdo de tantos soberanos, brindo a la salud de nuestro noble aliado y por la prosperidad de todos sus Estados.

Mientras que el conde pronunciaba estas palabras, operóse una tremenda resolución en el ánimo de su madre: la feroz serenidad que poseía cuando entró en la sala, se había trocado en una terrible agitación, cuyos visibles síntomas no se ocultaron a los ojos del joven príncipe. Al momento depuso la copa en la mesa, preguntándola con cariñoso y dulce acento qué tenía. Esta sensible demostración aumentó el desorden interior de la condesa, quien a la vez era horrible presa de los remordimientos, el temor, la lástima y la desesperación. Respondió, pues, con trémula voz que se hallaba algo indispuesta, pidiendo al mismo tiempo a su hijo permiso de recogerse a su estancia.

—Vuestros deseos serán satisfechos—respondió afectuosamente don Sancho—, sin embargo, madre mía, mucho deseara que hiciérais un esfuerzo para quedaros aún con nosotros, hasta tanto que haya apurado esta copa con que brindo a favor del rey, nuestro huésped.

Dicho esto, volvió a tomar el vaso fatal, y dirigiéndose hacia Almanzor, repitió sus cordiales afectos. Respondióle el moro con aparente franqueza, pero sus inquietos ojos divagaban solícitos, fijándose entre la copa y la condesa. La candidez de don Sancho y la aleve hipocrecía de Almanzor, aumentaban la agonía de doña Oña..., pareció que la asaltaba un verdadero frenesí, y dando un grito repentino, detuvo por fin al joven príncipe, en el preciso momento en que llevaba a sus labios la homicida copa.

—¡No bebáis, no bebáis, hijo mío—exclamó la condesa arrancando la copa de manos del conde, y en el mismo instante, y cual inspirada por la desesperación, la sorbió ella de un solo trago. Esta acción fué ejecutada con la rapidez del rayo, y apenas tenían tiempo los cortesanos de atender a suceso tan imprevisto, cuando vieron que la triste dama prorrumpía en un torrente de lágrimas. Habíase terminado la horrenda lucha que despedazara su alma, y una verdadera aflicción llenaba ahora el lugar de las convulsiones del crimen. No era ya juguete de una pasión culpable, sino una mujer, una madre, que cedía a los vivos sentimientos de la Naturaleza.

—Hijo mío, hijo querido—exclamó toda sollozante y abrazando cariñosamente al conde—, fuerza es que antes que mi alma mancillada comparezca ante el severo Tribunal de Dios, reciba de vos el perdón de un crimen, el más desnaturalizado y horrendo. En un momento de frenesí y ceguedad, atendió a las viles maquinaciones de ese monstruo... Si, hijo mío, guardaos de las asechanzas de este cruel sarraceno... Sabed que quería apoderaros de vuestra corona... y yo..., infelice, consentí en ser cómplice de su delito... Pero llevo ya el castigo de mi culpa... Siento cuál me consume el veneno... Perdonadme, hijo mío... Consolad mis últimos instantes con la gracia de vuestro perdón.

Fluctuando don Sancho entre la sorpresa y la aflicción, prodigó toda especie de auxilios a su desdichada madre; mas todo socorro fué inútil: los progresos del tósigo eran no menos violentos que funestos. Desconsolado el príncipe, concedió a la moribunda el único consuelo que reclamaba, otorgándola su perdón, con las expresiones más cariñosas y suaves. Pero en tanto que todos los conatos del conde se fijaban en la triste doña Oña, indignados los nobles castellanos por la vil traición de Almanzor, dirigían a éste torvas y hostiles miradas.

Levantóse entonces el moro, y llevado de despecho e ira, comenzó a insultar bárbaramente a la condesa, cuya amargura aumentó en lo que cabía, revelándola que nunca la había amado.

—Justo es que sufra esta última afrenta...—barbotó la triste condesa—, acepto este nuevo castigo de mi crimen y ojalá quede expiado cual merece... Adiós, hijo mío, ruega al cielo por tu madre, por cierto tan desgraciada como criminal y obcecada!

Las convulsiones de la muerte cortaron su habla y después de una corta agonía, exhaló el postrer aliento.

El trágico fin de la condesa y la feroz insensibilidad con que el moro había insultado a su víctima, aumentaron la irritación y encono de los castellanos, quienes levantándose simultáneamente, llevaron la mano a las espadas.

—¡Orgullosos cristianos!—gritó Almanzor—, respetad todos mi persona, o ¡ay de la triste suerte que le espera a Castilla, en pago de vuestra temeridad!

Iba ya a armarse un violento combate entre los caballeros cristianos y los moros compañeros de Almanzor, cuando por fortuna desplegó el joven don García, una prudencia y resolución asaz superiores a sus años.

—¡Deteneos, castellanos!...—gritó el conde—. No mancilléis ahora la hospitalidad de un triste huérfano, con una no meditada violencia. Las armas nos hacen superiores a los moros; dejémosles, pues, el feo recurso de la traición... Váyanse libres de la corte de Castilla; dentro de breves días les impondremos,

en campo abierto, el merecido castigo de su desmán... Marchad, pues, traidores alevosos y preparaos luego para la lid... y si nos reunió un deseo de paz y amistad, guerra y exterminio será, en adelante, nuestro único pensamiento; así lo juro por mi honor, y ¡ojalá! Dios me lo demande, si falto a la palabra que tan solemnemente empeño.

Los generosos castellanos no quisieron desairar a su señor, y refrenando su ardiente sed de venganza dejaron salir de Burgos a los moros, sin mostrar la menor oposición.

Don Sancho García hizo tributar las últimas honras a su desventurada madre, y en cuanto la tierra hubo recibido sus despojos, renovó el juramento de guerra y venganza, contra el moro que causara su orfandad.

Todos los guerreros castellanos aplaudieron la ruptura de la alianza que se acababa de celebrar con los infieles, pero en general fué sentida la triste catástrofe que terminara un festín comenzado bajo tan halagüeños auspicios. Convencidos, en fin, los españoles de la funesta influencia de las querellas que traían divididos los diversos Estados cristianos, consagraron todos sus esfuerzos contra el enemigo común, cuya dominación era harto más temible que el mayor o el menor grado de poder de alguna de las cortes vecinas, formadas todas de hermanos, tanto por religión como por la sangre.